

DISCURSO ANTONIO BONET, DOCTOR HONORIS CAUSA

“LA PERSPECTIVA, EL TERRITORIO Y LA ESCENOGRAFÍA RENACENTISTA EN MAQUIAVELO”

Hace exactamente medio milenio Nicolás Maquiavelo, que tras su caída y suspensión en la política se había retirado a su villa de San Casiano, cerca de Florencia, en el mes de julio de 1513, interrumpió la redacción de su disertación sobre *Los Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* para escribir, de un tirón, el opúsculo *El Príncipe*, que terminado en el mes de diciembre de dicho año, no fue publicado hasta 1531, cuatro años después de su fallecimiento. El eficiente y probo funcionario, que durante años había sido secretario del Consejo de la Segunda Cancillería de la República Florentina y había desempeñado varias misiones diplomáticas en el extranjero, con la vuelta al poder de los Medicis no sólo sufrió el cese en su puesto sino que fue encarcelado y tuvo que pagar una fuerte suma. En la soledad y la quietud del campo dedicó su tiempo libre al ocio humanista, escribiendo diversos textos de carácter erudito, literario e histórico.

Entre las obras de Maquiavelo la que alcanzó la inmortalidad fue *El Príncipe*, en la cual de manera sintética hace una reflexión acerca de la estructura del poder político y la conquista del Estado, tanto en su dimensión teórica como práctica. En sus páginas se hace resaltar la contraposición que existe entre los designios casuales de la “Fortuna”, la veleidosa diosa y la entereza de la “Virtud” que debe tener todo gobernante que, atento a las circunstancias y a las necesidades de la acción política, debe incluso recurrir, si no le queda más remedio al empleo de la “Razón de Estado” con el fin de mantener el orden y la paz en sus territorios.

Maquiavelo, que cronológicamente pertenece a la generación que en la segunda mitad del siglo XV y principios del siglo XVI, tras la crisis del mundo medieval, consolidó la cultura renacentista italiana, fue uno de los más destacados humanistas que abrió los nuevos horizontes de la Edad Moderna.

Coetáneo de Leonardo da Vinci, Bramante, Giorgione, Miguel Angel, Tiziano, Rafael, Alberto Durero, Erasmo de Rotterdam, Tomás Moro, Cristóbal Colón, Vasco de Gama, Magallanes y Copérnico, conoció acontecimientos tan importantes como el descubrimiento de América, el invento de y desarrollo de la imprenta, el nacimiento de la artillería y las armas ligeras de fuego, la cartografía y topografía modernas, la creación de los bancos con su moderna contabilidad, letras de cambio y la copernicana teoría heliocéntrica del sistema planetario que sustituyó la antigua cosmografía de Tolomeo. Al igual que todos ellos, Maquiavelo participaba de la idea de “la nueva identidad del hombre como sujeto central de su mundo, al cual podía contemplar, comprender, controlar y gobernar racionalmente

Maquiavelo, como pensador era, ante todo, un convencido racionalista. Según sus palabras al redactar *El Príncipe* su objetivo era “escribir para los que juzgan serenamente (es decir para los que ven las cosas como son, no como convendrían que fuesen) voy a hablar según lo que es, no según lo que la gente imagina”. Sus palabras son las de un reliario que para expresar su pensamiento recurre a términos visuales, lo que no es extraño en una persona culta formada en el siglo XV en

Florenxia, ciudad en la cual las artes plásticas vivieron un momento de máximo esplendor. Una prueba palmaria de nuestra afirmación es que cuando dedica El Príncipe a Lorenzo de Medicis, más tarde Duque de Urbino, declara que no “quisiera que tuviera por presunción el que un hombre de baja e ínfima condición se atreva a examinar y reglamentar el gobierno de los príncipes, porque así como quienes dibujan el paisaje se sitúan en lo más bajo de la llanura para estudiar la naturaleza de las montañas y de los lugares elevados, y para estudiar la de las bajas planicies ascienden al punto más elevado de los montes, de la misma forma, para conocer bien la naturaleza de los pueblos, es necesario ser príncipe y para conocer bien la de los príncipes es necesario formar parte del pueblo”. Ante una consideración de orden visual tan precisa y que tiene relación con la perspectiva pictórica, sistematizada por el arquitecto florentino Filippo Brunelleschi a principios del siglo XV, no cabe duda de cual era la agudeza de pensamiento y la cultura plástica que poseía Maquiavelo, humanista que en tanto que autor de obras dramáticas como La Mandrágora, para su representación se valió de la escenografía teatral de su tiempo inspirada, como veremos más adelante, en “la ciudad ideal”, concebida en términos perspectivos.

El único libro de teoría política publicado en vida por Maquiavelo fue el volumen “Del arte de la Guerra”. Editado en 1521, conoció numerosas impresiones posteriores. De acuerdo con el típico esquema de los tratados renacentistas está compuesto por un diálogo en el Orti Oricellari entre Cósimo Rucellai, miembro de una ilustre familia florentina y Fabricio Colonna de Lombardía que en Italia había ejercido la milicia al servicio del rey de España D. Fernando El Católico. En sus páginas muestra una gran información acerca del conocimiento del espacio y el territorio en el que se desarrollan las operaciones bélicas, la arquitectura de las fortalezas, adaptadas a las armas de fuego, el orden geométrico que deben guardar los batallones cuando marchan, la formación compacta que deben tener en las batallas, el acuartelamiento y la castramentación cuando acampan, todo ello explicado gráficamente con esquemas geométricos. En El Príncipe, Maquiavelo, lo mismo que en el tratado Del Arte de la Guerra, nos prueba cuál es su conocimiento intelectual y práctico de la arquitectura. También analiza con gran perspicacia cuales son los distintos tipos de ciudad y los espacios territoriales que sirven de escenario y área de acción política de un gobernante. A la vez trata de cual es el ser y el deber ser de la realidad existente. De ahí que en su tratado no sólo se encuentre la relación que existe entre la topografía y la cartografía respecto al tamaño y al desarrollo físico de las urbes sino también cuales son los elementos esenciales de la “ciudad ideal”.

Maquiavelo, que en su Historia de Florenxia cita dos veces a Filippo Brunelleschi, en tanto que constructor de fortalezas, no debía ignorar la importancia de la geometría y del orden que debía imperar siempre en toda operación militar aunque su carácter fuera pasajero o efímero. En El Arte de la Guerra aconseja que “para no dar lugar a confusión conviene orientar el campamento en la misma dirección a fin de que cada cual sepa en qué calle y espacio tendrá su alojamiento. Hay que observar esta norma en todo tiempo y lugar, de manera que el campamento parezca una ciudad móvil, que a donde quiera que va lleva siempre las mismas calles, las mismas casas y el mismo aspecto, cosa que nunca podrán hacer los que buscando lugares defendidos por la naturaleza, cambian de disposición para acomodarse al terreno”.

Un capítulo esencial de la época de Maquiavelo es el descubrimiento de la perspectiva matemática, es decir la perspectiva monofocal, tronco-cónica-piramidal

que, con un punto de fuga en el infinito, dispuesto geoméricamente sobre la superficie plana de un cuadro. Invención del Renacimiento, su trascendencia va más allá de lo puramente estético. La relación arte, ciencia y desarrollo va siempre unida al proceso material y la manera de cristalizar las formas que los occidentales han tenido respecto a desarrollo social. La representación tridimensional de la naturaleza y la arquitectura en el arte de Occidente ha estado en todo tiempo presente de manera más o menos elaborada. Sus antecedentes están enraizados en la pintura y la plástica de la Antigüedad greco-romana. Vitruvio, que atribuía el descubrimiento de la perspectiva a Anaxágoras, la relacionó con la escenografía teatral. En el siglo XIV, Giotto, preocupado por representar el mundo tal “como es”, dentro de un espacio bien definido en el cual cada figura ocupa un espacio, hay un germen de una perspectiva central y axial de carácter experimental y monumental. La composición de sus cuadros tiene mucho que ver con la presentación escenográfica de los “misterios” sacro-teatrales. En el siglo XV los artistas florentinos abandonando las manidas recetas medievales de la perspectiva axial e intuitiva, valiéndose de las matemáticas sistematizaron, un método geométrico que, según su criterio, coincidía con la apariencia de lo existente y de la realidad fisiológica de la visión. Aunque en esencia, por su condición monofocal era una manera abstracta unilateral y lineal de lograr la tridimensionalidad del espacio pictórico, sin tener en cuenta que el espectador tiene dos ojos, es decir que es un ser bifocal y por lo tanto más bien ve la realidad con una perspectiva curva

Como es sabido, tras los estudios, ya clásicos, de Erwin Panofsky, Pierre Francastel, Pável Florenski y Hubert Damich hoy estamos convencidos que la perspectiva lineal es una forma simbólica que sirve para apresar la realidad tridimensional de lo visual. Los artistas del Extremo Oriente, como la China y el Japón, usaban una perspectiva totalmente diferente, por no decir opuesta a la de los artistas occidentales. A base de paralelas en un orden axionométrico, de vista de pájaro, y sin horizonte, representan un espacio fragmentado y extensible hasta el infinito. Su punto de vista o foco visual ortogonal se encuentra en la posición inversa al punto de fuga de la perspectiva tronco-piramidal-invertida. Las pinturas y los dibujos orientales representan sólo una fracción de un universo en el cual las escenas están narradas visualmente, de acuerdo con un sentido similar al de su fluida escritura cursiva. También es diferente la perspectiva del arte bizantino. Pável Florenski, en sus vanguardistas escritos de los años veinte del siglo pasado, con su radical deconstrucción de los presupuestos científicos acerca de la geometría monofocal del Renacimiento, demostró que existía la perspectiva diferente e invertida de los iconos bizantinos y rusos, cuyo intenso carácter espiritual pertenecía a una figuración ilusionista que desbarataba la óptica tridimensional y matemática considerada como la imagen misma de la realidad pictórica.

La invención de la perspectiva matemática a principios del siglo XV está envuelta en la leyenda. Florencia era entonces una ciudad a medio construir. En la efervescencia de la actividad creadora de los artistas hay hechos como cuando Filippo Brunelleschi, orfebre, escultor y arquitecto, que ante los ojos asombrados de los florentinos elevó sin cimbra la cúpula de Santa María dei Fiori, convocó a sus amigos artistas para mostrarles cómo había descubierto una manera de representar pictóricamente con exactitud matemática la realidad visual. En el siglo XVI Giorgio Vasari, el célebre autor de la *Vidas* de los más excelentes artistas italianos, siguiendo el relato biográfico que Antonio Manetti había hecho sobre Brunelleschi, nos informó cómo

éste artífice “se dedicó mucho a la perspectiva, por entonces muy mal practicada debido a los muchos errores que cometían con ella. Le dedicó mucho tiempo hasta que encontró por sí mismo la forma de hacerla exacta y perfecta, es decir, levantarla con la planta y el perfil y por medio de la intersección, algo verdaderamente ingenioso y útil para el arte del diseño”. La prueba especular de Brunelleschi, colocándose éste al interior de la puerta principal de la Catedral de Florencia mirando frontalmente al Baptisterio de San Giovanni, consistió en mostrar con su mano derecha una pequeña tabla que representaba el monumento arquitectónico que se encontraba enfrente suya. Ahora bien la tabla que retrataba el Baptisterio visto al revés tenía en su centro un minúsculo agujero cónico del tamaño de una lenteja través del cual Brunelleschi miraba a un espejo de metal bruñido, que manejado por su alargado brazo derecho, reflejaba la imagen invertida del Baptisterio, tal como la percibía en realidad su ojo fijo desde el punto en que él estaba colocado. Otra prueba similar hizo, aunque no frontal sino de forma esquinada con una tabla de mayores dimensiones en la que se veían en perspectiva angular el Palacio Viejo, la vecina Loggia y demás construcciones de la Plaza de la Señoría de Florencia. Con la prueba de su método de visión lo que quería demostrar Brunelleschi era como la vista del observador de un panorama podía coincidir exactamente con el de la perspectiva.

Las tablas que Brunelleschi pintó y que Manetti afirmaba había visto, hoy no se conservan. De lo que no cabe duda es que a partir de entonces los pintores florentinos del cuatrocento emplearon el sistema preconizado por Brunelleschi. Tanto Masaccio, como Andrea del Castagno, Fra Angelico, Fra Filippo Lippi, Domenico Ghirlandaio, Paolo Ucello, Botticelli o Piero della Francesca, como tantos otros más utilizaron la perspectiva matemática.

La perspectiva, no solo sirvió para la pintura, la escultura y la arquitectura. Uno de su empleo mayor y más temprano fue el de las taraceas o el arte decorativo del “intarsio”. La reticulada ornamentación hecha de recortadas piezas de madera “desnuda” o en “blanco” (ciprés, pino, nogal) alcanzó gran perfección en el siglo XV en los gabinetes de estudio, representando naturalezas muertas de objetos y paisajes urbanos articulados en facetas de ajustadas líneas y aristadas superficies. De igual manera la perspectiva sirvió para representar los cuerpos poliédricos, regulares, semirregulares o arquimedianos y otros objetos como conos, prismas o esferas facetadas, muy a la moda como objetos geométricos en el Renacimiento. Un símbolo mismo de la estereotomía fue el “mazzocchio” tocado de cabeza dibujado por Paolo Ucello, pintor de extrañas y complejas composiciones pictóricas y al cual su amigo Donatello le reprochaba perder el tiempo con sus complicadas y estériles investigaciones de perspectiva. Famosa es la anécdota que con cierta ironía cuenta Vasari de cuando por las noches la mujer de Ucello ya acostada le llamaba para que fuese a la cama, y éste desde su escritorio le contestaba: ¡oh, que dulce cosa es esto de la perspectiva!.

Para los historiadores del Arte, Brunelleschi es el padre de la perspectiva matemática, aunque nunca escribió sobre su teoría. La llamada “perspectiva artificial” matemática, contrapuesta a la “perspectiva naturalis” o “perspectiva communis” de la Antigüedad u óptica de Euclides, usada intuitivamente y experimentalmente desde Giotto, fue objeto de estudio de posteriores autores. Quien primero teorizó sobre ella fue el arquitecto y humanista León Battista Alberti que, en 1435, escribió en latín el tratado, De pictura, que en su versión italiana acabada en

1436 dedicó precisamente a Brunelleschi, al cual según Manetti plagió descaradamente Alberti. En las páginas de su tratado proporcionaba de manera concisa las instrucciones, técnicas y las definiciones concretas sobre la perspectiva aunque su texto, por carecer de dibujos o ilustraciones resulta de lectura un tanto conceptuosa y confusa. Para Alberti la idea del cuadro pictórico realizado de acuerdo con la aplicación de las reglas geométricas, constituye la “construzione legitima” de la pirámide visual. Según sus palabras, para lograr su realización “trazaré un cuadrángulo de ángulos rectos, del tamaño que me parezca, como una ventana abierta, por la que yo mirase lo que va a ser pintado.....determino a mi antojo la estatura de los hombres....y escojo un punto central”. Respecto a la proporción perpendicular piensa que los objetos no son de tamaño real, sino proporcionales, con cierta escala. La idea del cuadro como ventana, es sin duda alguna, el gran acierto de Alberti, cuyos consejos técnicos retoma hacia 1480, simplificándolos el pintor Piero de la Francesca en su tratado en tres libros De prospectiva pingendi y en el manuscrito De corporibus regularibus que a su vez utiliza en sus especulaciones matemáticas Fra Luca Pacioli, el autor del tratado De divina proporcione, acabado en 1497 y publicado en 1509 en Venecia.

Muy importante para la difusión en Centroeuropa de la perspectiva fueron las máquinas de ver y dibujar de Alberto Durero. El gran pintor y grabador alemán que viajó dos veces a Italia, en donde estudió la “perspectiva secreta”, en su libro Underweysung der Messung o Instrucciones sobre la manera de medir, tratado que conoció dos ediciones, la primera en 1525 y la segunda 1538, publica cuatro grabados en los cuales muestra como mecánicamente por medio del artilugio de cordeles y una polea fijada en la pared, un portillo, una mirilla, una contraventana y un velo en cuadrícula, se pueden realizar escorzos de perspectiva perfecta. Estos aparatos confirman el lado artesanal y práctico que los artistas demandaban y que a partir del siglo XVI, hizo que se multiplicasen los libros y tratados sobre perspectiva. Importantes también sobre los avances de la perspectiva son las ideas que sobre la misma, expresó Leonardo da Vinci. El cual opinaba que la perspectiva no es más que un medio auxiliar o técnico para sugerir la profundidad o tridimensionalidad de un cuadro pictórico. Tanto desde el aspecto teórico como práctico la lejanía dependía de la graduación tonal y lumínica del color. De ahí que da Vinci sea el primero en ocuparse de la perspectiva aérea, de la cual Velázquez será el más genial representante.

Retomando la relación que ideológicamente existe entre la perspectiva renacentista y la obra escrita de Nicolás Maquiavelo sorprendentemente constatamos que no sólo está vinculada a su forma de pensar sino que está concretamente enlazada a su vida intelectual de escritor y humanista. Maquiavelo, tras su caída política, desengañado y sin posibilidad de volver a desempeñar algún papel dentro de la administración, se refugió en sus ocios literarios y su asistencia a las reuniones eruditas que tenían lugar en el Orti Oricellari los Jardines cercanos a Florencia propiedad de Cósimo Rucellai. En dichas tertulias se trataban temas de sabio interés humanístico. Fue entonces cuando aparte de sus escritos teóricos de carácter histórico y análisis político, Maquiavelo escribió su “entretenimiento” o relato narrativo sobre el misógino Archidiablo Belgafor, la reelaboración de la comedia de Plauto La Clizia o las Máscaras, cuyo texto ha desaparecido. Ahora bien la obra más importante de este tipo es la comedia La Mandrágora (Florencia, 1518) cuyo texto, junto con el tratado El Arte de la Guerra, constituye las dos únicas publicaciones aparecidas en vida de

Maquiavelo. Traducida al español en el siglo XX por Rafael Cansinos Assens, ésta comedia lleva el título de una medicinal y letal planta narcótica, fabulosa desde la Antigüedad. Representada en Florencia y Roma, es una obra alegórica que tiene que ver con la vuelta a la capital toscana de los Medicis. En sus cinco actos se cuenta la historia de una bella y joven mujer llamada Lucrecia, casada con el viejo e ingenuo juez Micer Niccia. Este ingenuo varón, deseoso de tener descendencia hace sin quererlo que su mujer caiga en los brazos de su médico, llamado Callimaco que acaba siendo el amante de su paciente. Sin duda alguna la puesta en escena de la obra hace que Maquiavelo conociese el arte de la escenografía teatral, tan importante en el desarrollo del arte pictórico y arquitectónico del Renacimiento italiano.

Desaparecidas las tabletas con la perspectiva del Baptisterio de la plaza de Señoría de Florencia pintadas por Brunelleschi, hay otras tres tablas de perspectivas urbanas de la “ciudad ideal” a principios del siglo XVI que están ligadas al parecer con la representación teatral de La Mandrágora de Maquiavelo. Estas tres vistas, que retratan las tres plazas imaginarias con arquitecturas renacentistas clasicistas, según distintos historiadores del arte han sido atribuidas a diferentes pintores. También ha sido objeto de discusión si se trata de composiciones-tipo, de representaciones utópicas de ciudades ficticias o si son modelos escenográficos de arquitecturas. Nos referimos a las tres tablas rectangulares que se conservan respectivamente en distintos museos de Urbino, Baltimore y Berlín. Atribuidas por unos y otros especialistas al arquitecto, escultor y tratadista sienés Francesco di Giorgio Martini, a Bramante, Guiliano da Sangallo, Domenico Ghirlandahio o Benezzo Gozzoli, lo que es cierto es que pertenecen al concepto quatercentista de la ciudad y la arquitectura de fines del quattrocento y principios del cinquecento. Vasari, en su siempre citado libro de la Vidas, nos hace saber que Francia Bigio, pintor florentino “que tenía mucha afición a la perspectiva y la estudiaba continuamente” hizo “con Ridolfo Ghirlandaio un conjunto hermosísimo para las bodas del duque Lorenzo con dos vistas en perspectiva, para las comedias que se representaron, realizadas con mucho orden y magistral juicio y gracia que le proporcionaron renombre y favor ante el príncipe”. Señalemos que el Duque Lorenzo de Medicis es el mismo al que Maquiavelo dedicó El Príncipe. Este Medicis, duque de Urbino, se casó con Magdalena de la Tour d’Auvergne, de quien tuvo una hija, Catalina, futura reina de Francia.

Las tres tablas citadas son de una gran belleza. Compuestas dos de ellas por la representación horizontal de unas espaciosas plazas con arquitecturas en las que un edificio de planta centrada está flanqueado por edificios de órdenes superpuestos y cornisas en perspectiva, hay una tercera con un pórtico cubierto que se abre a un puerto de mar de infinito horizonte. En todas ellas los pavimentos en el primer plano, están compuestos por una compartimentación geométrica de tipo ajedrezado. En los fondos de dos de ellos se asoman discretamente las colinas arboladas de una naturaleza que ponen una nota contraria a la petrificada composición arquitectónica. El tema de esta visión simétrica del lugar privilegiado que es una plaza urbana, centrada por un gran edificio cupulado entre Arcos de Triunfo, será el motivo principal de grandes escenas monumentales como son el fresco de La entrega de las llaves a San Pedro que Pietro Perugino pintó en 1481 en la Capilla Sixtina del Vaticano y la obra juvenil, en 1504, de Los Desposorios de la Virgen de Rafael en la Pinacoteca Brera de Milán. Las tres tablas de Urbino, Baltimore y Berlín han sido comparadas por los críticos de arte y los escritores modernos, como Jean Cocteau, a

las pinturas metafísicas de Giorgio de Chirico. De lo que no queda duda es que son obras muy atractivas, de emblemática y misteriosa significación. Estudios o “cartones” para marquerías o decoraciones de teatro son paradigmas de las ciudades ideales. Interesante es constatar que el arquitecto y tratadista Sebastiano Serlio Boloñés, en 1545, al publicar su Segundo Libro de Arquitecturas, dedicado íntegramente a la perspectiva, de la cual no sólo sistematiza sus reglas sino que dibuja sus esquemas fundamentales, presenta tres grabados en los que retrata los decorados teatrales para la representación de la tragedia, la comedia y la sátira. Serlio, que insistía en la diferencia que existe entre las reglas de la perspectiva de los pintores, que apelan en sus composiciones a la imaginación, con la de los arquitectos, que juegan con volúmenes reales, para crear un espacio dramático, recurría a los valores simbólicos vigentes desde la antigüedad. La excelencia de la tragedia, que en el teatro clásico se representaba con altos coturnos, requería un paisaje urbano noble, de palacios y templos de mármol. La comedia, de carácter burgués, por el contrario se desarrollaba en un barrio vulgar y de anodina arquitectura. Por último la sátira, mordaz y despectiva, tenía lugar en una naturaleza selvática, poblada de chozas o cabañas cubiertas de paja. Era una cuestión de orden jerárquico, género, clase y categoría dentro de una sociedad estamental.

La tentación sería finalizar este texto discuriendo sobre otras formas de perspectiva como la anamorfosis que en griego significa transformación y que consiste en una pintura o el dibujo que produce una imagen que, a primera vista es aberrante, deforme y confusa y que vista desde un determinado punto de observación, nunca frontal, acaba siendo regular. Baltrusaitis, titula su estudio sobre las anamorfosis como imágenes aberrantes. El famoso cuadro de Los Embajadores, de 1533, por Hans Holbein el Joven es sin duda el mejor ejemplo que se puede citar de esta singular forma óptica de índole virtual ya que la mancha que aparece a los pies de los diplomáticos es en realidad una calavera. También nos complacería constatar que la llamada “perspectiva militar”, en la cual se mezclan a nivel del suelo la perspectiva paralela con la troncopiramidal invertida fue utilizada por los tratadistas del Arte de la guerra.

Tampoco quisiéramos trazar aquí la abreviada historia ulterior de la perspectiva, con todas sus diversas variantes, hasta la geometría descriptiva del politécnico Gaspar Monge. Tampoco la vuelta a plantearse la visión monocular del objetivo fotográfico en el siglo XIX y las perspectivas imposibles de Escher en el siglo XX. Únicamente nuestra disertación ha querido tratar cómo desde su atalaya de pensador político y de humanista y literato al tanto de la cultura de su tiempo, Maquiavelo tuvo una incidencia concreta con la utilización mental y la práctica escenográfica de la perspectiva renacentista.

DISCURSO RECTORA, ADELAIDA DE LA CALLE

El claustro de la Universidad de Málaga acaba de recibir al profesor Antonio Bonet Correa como nuevo Doctor Honoris Causa. Siguiendo el rito centenario, el rito enraizado en la ilustración, ha recibido el birrete. El birrete como símbolo venerado de sus estudios y merecimientos. Y él nos ha correspondido con una lección bellísima, que nos reencuentra con Nicolás Maquiavelo, con su visión de la perspectiva, que no solo era pictórica, sino sobre todo humana. Hoy, como decía la doctora Rosario Camacho, es un día importante para la Universidad de Málaga. Para su facultad de Filosofía y Letras. Para el Departamento de Historia del Arte.

Hemos investido doctor honoris causa a un humanista, a un universitario, a un profesor que se ha dedicado lo esencial de su vida a enseñar en la Universidad pública. Humanista por vocación, pero también por tradición familiar, no en vano es hijo de un intelectual que compatibilizó las armas y las letras, y sobrino del profesor

Correa Calderón, el hombre que enseñó gramática a varias generaciones de españoles. En su casa de campo, en un valle de Galicia, el joven Antonio Bonet tiene siempre a mano un libro de poemas de Borges. “Fervor de Buenos Aires”. Cuando años más tarde estudie por libre Filosofía y Letras en la Universidad de Santiago aun lo seguirá recordando. Tal vez mañana, andando el tiempo, cualquiera de sus futuros biógrafos lo imagine en pleno paseo por Santiago, recordando versos borgianos, por calles que eran ya “la entraña de su alma, enternecidas de árboles y ocasos”.

Como buen humanista, su carrera de Filosofía le hizo feliz. Y como buen investigador, Antonio Bonet siempre quería que el día tuviera más horas. Se le quedaba corto. Los libros, las aulas nunca aburrieron su juventud, todo lo contrario. Algo a lo que sin duda contribuyó uno de los principales rasgos de su carácter de investigador. La curiosidad. Y la entrega. Mientras paseaba observaba la ciudad sus monumentos. Veía la contradicción entre la pobreza generalizada del campo gallego y la riqueza eclesiástica y monástica que reflejaban la suntuosidad de las obras que emprendían los grandes monasterios y las sedes episcopales. En su tesis doctoral analizó, precisamente eso: las bases económicas de la espléndida arquitectura monástica y eclesiástica gallega del siglo XVI edificada con las rentas extraídas de una población campesina sometida a argucias jurídicas que permitían el despojo de las explotaciones. Cuando una cosa le interesó siempre se volcó en ella, sin echar cuanta a las horas.

Su papel como profesor, como universitario no sería una excepción. La vida de Antonio Bonet sigue siendo un auténtico ejemplo de dedicación a la docencia, a la Universidad Pública. Su magisterio lo ha ejercido durante más de cuarenta años en las universidades de Santiago de Compostela, Murcia, Sevilla y Madrid y se ha extendido a diversas universidades americanas a través de cursos y conferencias. Un magisterio que se refleja también en más de un centenar de tesis doctorales que ha dirigido. Pero se refleja, sobre todo, en cuantos discípulos han recibido sus enseñanzas. Discípulos que fueron contagiados por su curiosidad, por su entusiasmo, discípulos que aprendieron de su capacidad para integrar y relacionar la historia del arte, la historia de la ciencia, la historia social a la literatura y la sociología.

En el profesor Bonet admiramos sus nuevos enfoques, sus nuevos caminos que fue abriendo a la investigación de la historia del arte y del urbanismo en España. Se basó para ello en la solidez y amplitud de su erudición, pero sobre todo, en su sensibilidad ante los valores de la obra de arte. Incluso con la agudeza de sus críticas. Si oírle es un verdadero gozo intelectual, no lo es menos leerle. Porque su prosa elegante sorprende a veces por la vehemencia de quien está comprometido apasionadamente con la sociedad y los sucesos de la historia.

Como los grandes historiadores, su acercamiento a la historia no debe entenderse como un escape del presente; no es mera arqueología y curiosidad por las claves de lo actual; el profesor Bonet se dirige a la historia para comprender y conocer alguna de las claves que permitan entender el presente para proyectar mejor el futuro. Lo explica en una de sus grandes obras: “El Significado del Arte en Nuestro Tiempo”. Nosotros, en tanto que hijos de nuestra época, siempre querremos cambiar todo, transformar nuestro entorno, el mundo en el que vivimos. Pero transformar algo es muy duro. Según vamos cumpliendo años, nos damos cuenta de ello; de lo difícil que es cambiar las cosas, vencer todo lo que se opone en nuestro camino; pero, sobre

todo, nos damos cuenta de que nada se hace desde solo desde uno mismo, con nuestro propio esfuerzo. Y mucho menos, una ciudad, que es producto de generaciones, de estados de ánimo, de sentimientos. Una ciudad es un viaje a través de los siglos al que nos lleva el magisterio de nuestro nuevo doctor honoris causa. Un viaje que es también el de su propia vida, el de sus estudios sobre la ciudad renacentista, la ciudad del barroco, la ciudad de la ilustración, la ciudad de la revolución industrial, la ciudad actual.

Una ciudad es un viaje en el que el profesor nos lleva de la mano, y nos asombra con sus descripciones sobre el Madrid del siglo XVI, esa especie de campamento de moradas inicialmente provisionales que acaban convirtiéndose en permanentes. Un Madrid que visto por el profesor Bonet representaba el triunfo de lo efímero, del telón y la apariencia, el predominio de la construcción entendida como contenedor de edificios temporales Historia y vida.

Cuando, a su vez, aborde nuestras ciudades del siglo XVII lo hará, una vez más, desde su perspectiva social, señalando decadencia bajo la máscara barroca, donde la arquitectura recargada y la fiesta serían formas de encubrir el decaimiento de los ánimos; una manera engañosa de paliar la miseria de los pobres.

La enseñanza del profesor Bonet ha sido una baza decisiva en favor de una práctica urbanística responsable. Desde el rigor y la libertad de un profesor universitario, ha luchado por un urbanismo actual renovador y tecnológicamente avanzado, un urbanismo que al mismo tiempo fuera respetuoso con las necesidades sociales y con la herencia del pasado. Buen gusto, medida, altura de miras. Algo que hubiera evitado la desmesura y el mal gusto que acompañó, o que dio origen a la corrupción urbanística de los últimos años; eso que, en definitiva, él nunca dudó en denunciar, hablando sin tapujos: la pobreza mental de catetos y terratenientes que para sobrevivir necesitan aliarse a romos funcionarios de gestión y administración pública, gentes cuyos ideales estéticos reflejan la pésima decoración de las cafeterías a las que acuden para llenar el vacío de sus monótonas existencias o para realizar sofisticadamente sus negocios.

Cafeterías que, desde luego no se parecían en nada a los viejos cafés que estudió e inmortalizó el profesor Bonet en su obra. Cafés que fueron espacios de convivencia, de tertulia de diversión, incluso de espectáculo. Cafés que fueron siempre un lugar de observación del género humano, una atalaya para ver discurrir las horas, las estaciones del año. Refugio de soñadores literarios, como decía Ramón Gómez de la Serna. En un café es donde mejor se siente la lámpara viva del tiempo. El sabio reloj de arena de cada mesa.

El profesor Bonet defiende la recuperación de los viejos cafés. En el fondo es una manera de recuperar también la calle. Pese a la euforia funcionalista, el profesor Bonet ha defendido siempre el valor de las calles como lugar de sociabilidad. Donde aun late una vida de relación humana tan necesaria. Donde fluye el gentío que pasea despreocupado, contempla escaparates y mira a los que pasan como a su vez es mirado por los demás. Es un acto de inmersión en lo colectivo, un baño de multitud

donde la gente se solidariza con los demás. Gracias a él es posible que el hombre vuelva a encontrar su propia identidad individual y comunitaria.

Quien lee al profesor Bonet se siente llevado de la mano por las anchas calles de la reflexión intelectual, incluso en los temas mas sencillos de la vida. A veces a la manera orteguiana. Su meditación sobre la escalera, en la distancia, recuerda aquella inolvidable que el maestro Ortega y Gasset hizo sobre el marco. Las escaleras imperiales, escribe el profesor Bonet, las escaleras de los grandes palacios, creadas para espacios interiores, tienen también un sentido exterior. Un sentido que trata de imponer la idea de autoridad y poder, y como esa estructura constructiva típicamente renacentista y barroca pudo ser utilizada en el siglo XIX por una burguesía nostálgica de los fastos y grandezas del antiguo régimen

De nuevo, el sabio reloj de arena que al cabo del tiempo une sus agujas en la Universidad de Málaga. Universidad pública, Un espacio para reflexionar esta tarde sobre la obra y la enseñanza del profesor Bonet. Una reflexión que en este marco siempre será sinónimo de armonía académica y, sobre todo, de respeto. La tolerancia y la amplitud de miras son virtudes académicas. Queremos que la universidad del futuro se base sobre ellas. Debemos ser optimistas.

El pensamiento utópico afirma que el porvenir puede ser radiante. Entre Borges y Maquiavelo, el profesor Bonet se confiesa moderadamente optimista. Espera que mañana el mundo sea mejor. Le seduce la utopía, pero, a veces... pone algún punto suspensivo.

Esta tarde, profesor Bonet, solo con oírle, tenemos un motivo mas para ser optimistas. Para pensar que es posible la ciudad utópica, un mundo mas humano. Para pensar que, como usted, la Universidad nunca deja de ser joven.

Profesor Bonet, sea bienvenido al claustro de la Universidad de Málaga.
Muchas gracias.